

LA REALIDAD ECONOMICA

FERNANDO MARTINEZ GALDEANO

"Para mi Gobierno los indicadores de nutrición, salud y educación han pasado a ser la medida del rendimiento de la economía nacional. El producto territorial bruto y el ingreso per cápita nada dicen sobre el bienestar colectivo si no se transforman en mayores niveles nutricionales, educacionales, sanitarios y asistenciales de las grandes mayorías". (Carlos Andrés Pérez, Mensaje al Congreso Nacional, 12 marzo 1976).

En su segundo mensaje al Congreso Nacional, el Presidente de la República, Carlos Andrés Pérez, se esforzó en presentar una imagen de la realidad económica como si ésta dependiera de aquélla y no de su misma realidad. A menos que se tenga afluencia de dinero, no es posible disfrazar los verdaderos problemas. Han transcurrido dos años de gobierno y en el balance económico persisten la incertidumbre y la dependencia. Una vez más en la historia de Venezuela, el ansia de "Eldorado" desvió a su gente de las tareas fatigosas que hacen patria.

Como punto previo a la reflexión sobre los mecanismos que han seguido determinando la economía de Venezuela conviene observar la dificultad creciente en conseguir una información veraz sobre temas vitales. Una maraña verbal de intereses creados encubren los planteamientos de fondo. Los voceros oficiales se desvelan por aclarar los malentendidos provocados por su calculada desinformación como si la "lucha contra la pobreza" se desarrollara en la escena del teatro o ante las cámaras preocupadas por encuadres estéticos, haciendo de la "imagen" el valor por excelencia.

EL PETROLEO ES LO QUE CUENTA

En 1975, las exportaciones petroleras descendieron un 23 por ciento respecto del año precedente que a su vez habían descendido en un 14 por ciento en comparación a 1973. Este es paradójicamente un dato positivo ya que los ingresos provenientes de la liquidación del petróleo generan despilfarro y desestiman el trabajo productivo de la economía interna del país. La experiencia histórica de la Venezuela petrolera enseña esta lección tan evidente como difícil de aceptar por tantos mercaderes que aspiran a llenar rápidamente sus alforjas privadas en connivencia con los gobernantes de turno.

¿Por qué no ha sido aprendida esta insistente enseñanza? Porque cada gobierno incluído el actual está persuadido de que su caso es diferente y de que precisamente ahora están dadas las condiciones para la siembra exitosa del petróleo. Este punto de vista ha venido comprometiendo año tras año la producción petrolera señalando un tope mínimo del cual no se podía bajar, porque de hacerlo no habría suficiente dinero para financiar el presupuesto voraz del Estado. Los recientes años de 1974 y 1975 fueron excepcionales porque los ingresos fiscales petroleros se cuadruplicaron y porque la embriaguez del gasto no llegó a consumir la abundosa

cosecha del ingreso. En sólo dos años el país ha manejado unos 20.000 millones de dólares en dólares, de los cuales ya ha gastado no menos de 15.000 millones.

Estando así las cosas y hecha la nacionalización de la industria petrolera se inicia el año de 1976 con manifiestas dificultades en el comercio petrolero que continúa en manos de las transnacionales. Lamentablemente el país no ha sido preparado para lo peor y parece indudable que los grandes consorcios internacionales petroleros confían en que su estrategia reductora de compras a las empresas venezolanas doblará a Venezuela iniciándose así una renovada etapa de su historia de dependencia.

El presupuesto nacional para 1976 precisa de una exportación mínima petrolera no inferior a los dos millones de barriles diarios. En lo que va del primer trimestre, esta cifra no ha sido alcanzada. Aunque el Gobierno alardea de confianza y optimismo, señal inequívoca de su ausencia a niveles realistas de negociación, los datos muestran que se está estimulando la exportación pero a costa de los precios de realización. Es posible que se llegue al suspirado volumen de los dos millones de barriles diarios exportados, pero hasta el momento la industria petrolera venezolana viene sufriendo la presión in-

terna del Fisco que exige dinero contante y sonante y la presión externa del mercado controlado por las transnacionales.

El ingreso promedio por barril exportado viene siendo de 10.97 dólares. Su costo de producción se coloca en 1.40 dólares. Por tanto, el ingreso neto promedio se sitúa en 9.57 dólares. La participación fiscal exigible según los valores de exportación establecidos para fines fiscales sería de 9.21 dólares (6.63 dólares por impuesto sobre la renta más 2.58 dólares por la regalía). Queda un resto de 0.36 dólares que no llega a cubrir las metas de inversión previstas en la Ley de Nacionalización que determina la entrega a Petrovén de un 10 por ciento de la renta neta. Este 10 por ciento está estimado en 0.70 dólares. En consecuencia, las empresas operadoras están trabajando con un déficit de 0.34 dólares por barril. Entonces, tenemos que el Estado quizás logre cubrir su presupuesto pero la industria operadora nacionalizada también puede seguir trabajando con números rojos. Es un proceso de parálisis envejecedora que no se resuelve con llamados al optimismo.

Sin embargo, para quienes están conscientes de que el dinero petrolero es el excremento del diablo, la actual coyuntura es positiva, porque sólo en la austeridad obligada es posible que el país inicie el doloroso aprendizaje de una administración honestamente productora. El lado negativo de este tipo de situaciones suele ser que conforme al sistema, los trabajadores y las clases más pobres llevarán la peor parte como siempre.

EL GASTO PUBLICO SIGUE AL PETROLEO

La dinámica económica de Venezuela producida por el petróleo exportado se transmite a través del gasto del Estado. Esta es la energía vital que subvenciona el quehacer escasamente productivo de la mayoría del país.

De un presupuesto estatal de unos 16.000 millones de bolívares en 1973, año de elecciones (4.000 millones de bolívares más que el de 1972), se brincó a casi 43.000 millones de bolívares en 1974 para aguantar en 41.000 millones en 1975. De esta masa de dinero pudo retirarse una parte, unos 21.000 millones de bolívares que fueron colocados en el exterior. Todo lo restante, más de 60.000 millones de bolívares, fue gastado en forma entusiástica por no decir arrebatada.

El alza de sueldos y salarios decretada a mediados de 1974 y la multiplicación de puestos burocráticos y de nuevas instituciones estatales inflaron los llamados gastos corrientes que de 10.000 millones de bolívares en 1973 subieron a 14.000 millones en 1974 (40 por ciento más), a 16.000 millones en 1975 y se calcula que sobrepasarán los 17.000 millones en 1976. En tres años la carga burocrática estatal pesa un 70 por ciento más. La eficiencia de este gasto imposible de reducir consiste en una especie de plan encubierto de emergencia que paga sueldos y bonificaciones sin contraprestación razonable de trabajo. Más aún, la ley económica de los rendimientos decrecientes se cumple exponencialmente llegando casi al nivel oficinesco de hacer que se hace para no hacer nada.

Por otra parte, los llamados gastos presupuestarios de inversión que aumentan de 4.500 millones de bolívares en 1973 a más de 10.000 millones en 1974 y a más de 13.000 millones en 1975 para situarse en casi 11.000 millones estimados para 1976, estimulan sobre todo al sector de la construcción donde las comisiones y los contratos inflados enriquecen aceleradamente a los contratistas y a sus oficiales intermediarios.

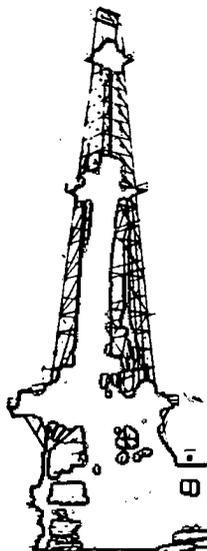
Toda esta afluencia del gasto público engrosa la demanda global de la economía. En manos de los compradores hay mucho más dinero que antes, lo que no significa necesariamente que su distribución haya mejorado.

¿Cómo se ha comportado la demanda de la gran masa de compradores? En Venezuela, todos los niveles sociales tienen una gran propensión al gasto fácil y superfluo. Fundada en este comportamiento radical y palmario, la presión de la demanda directamente consumista más que en los bienes esenciales ha incidido en la compra de aparatos eléctricos y electrónicos, de ropa y calzado a la moda, de automóviles, de mobiliario doméstico, de viajes y diversiones. Esta deformación de la demanda consumista explica en gran medida el alza estadísticamente moderada del costo de vida (bienes esenciales) según

informes preliminares del Banco Central de Venezuela. Según estos datos, que tienen fama de ser los más confiables pero que no deben ser aceptados tan ciegamente como si la realidad fueran sus porcentajes y no el afán de las amas de casa, el alza oficial en el costo de vida habría sido de un 20 por ciento para el período de los dos últimos años.

El comportamiento de la orgullosa clase media pretende satisfacer no sólo sus gustos más o menos sofisticados de consumo diario sino su ambicioso deseo de vivienda propia. De esta forma entra en un engranaje agobiador que le ofrece una propiedad horizontal a cambio de un pago sustancial e inexorable a lo largo de 20 años, además de haber cancelado una copiosa cuota inicial y con una doble hipoteca bancaria que no tolera demoras y que cuenta con un adiestrado equipo de abogados listos para su ejecución.

Sería irritante describir y analizar la demanda de quienes se sienten Rockefeller, Ford o Raniero de Mónaco que compran apartamentos en París, Londres o Nueva York, que viajan en su propio jet particular, que adquieren lujosos yates cuyos precios harían palidecer a otras gentes no tan bronceadas como sus dueños. Esta demanda es escandalosa y el Gobierno no debería permitir la importación de esta clase de "bienes". No es admisible, por más impuestos aduaneros que se paguen, el que circulen automóviles de lujo traídos en avión con el único objeto de halagar la vanidad de sus propietarios des-



**Multiplicación de puestos burocráticos
comisiones y contratos inflados
deformación de la demanda consumista
desaforada importación
desarrollo inmobiliario especulativo
ganancias bancarias obscenas...
UN GIGANTE CON PIES DE BARRO**

pertando al mismo tiempo la envidia y el insulto social.

La demanda consumista ha agudizado las tensiones de abastecimiento en los bienes intermedios e insumos industriales, que han sido cubiertos por aumentos en la producción y comercialización y en una desafortunada importación. Se advierten brotes de mercado negro, por ejemplo en productos como el cemento. El crédito bancario ha financiado el proceso de una industria fundamentalmente ensambladora y el auge de un desarrollo inmobiliario especulativo. Las ganancias bancarias pueden ser calificadas de "obscenas". El sector "servicios" de muy dudosa productividad real sobrepasa el 50 por ciento del Producto Territorial Bruto. Caracas se ha convertido en una plaza financiera de primer orden, una especie de Hong Kong, un gigante con pies de barro.

Respecto a la agricultura y ganadería, los estímulos oficiales de índole crediticia canalizados en gran parte por la banca están beneficiando particularmente a los ganaderos y a los grandes proyectos agro-industriales. También aquí la banca se lucra con la gestión mientras los campesinos y pequeños agricultores se resienten por el abandono, emigran a las ciudades o se refugian en terrenos cada vez menos fértiles, ya que el urbanismo ciudadano absorbe sus campos y huertos más productivos. La proletarianización del campo es una realidad inexorable que analizada bajo el punto de vista social y humano desmoraliza a los venezolanos y los suplanta con mano de obra extranjera mucho más barata y sumisa. Se llega así a una situación de que ni siquiera el precio es un estímulo suficiente, por ejemplo, para producir azúcar, porque lo que falta ya son cañicueros, a la vez que sobran centrales azucareras.

Si bien es notorio que el auge constructor y de gasto generalizado ha disminuído temporalmente el desempleo y subempleo, se ha agudizado la tendencia regresiva de la remuneración al trabajo en comparación a la del capital. Véase el cuadro siguiente calculado por el Padre Manuel Pernaut, economista estudioso de los abusos e injusticias sociales derivadas del "desarrollismo". (Rev. Resumen, 7 marzo 1976, p. 13).

Años	Remuneración del trabajo	Remuneración del capital
1972	46,15%	53,85%
1973	42,13%	57,87%
1974	30,55%	69,45%
1975	?	?

En materia de empleo se aprecia la escasez de mano de obra cualificada, elec-

A PROPOSITO DEL MENSAJE PRESIDENCIAL

tricistas, encofradores, carpinteros, plomeros, etc, etc. La prensa diaria presenta ofertas de trabajo de nivel técnico mediano. La política educativa ha venido menospreciando el trabajo manual y la juventud liceísta no aspira sino al título de "doctor". Las universidades consumen capitales inmensos pero sus graduados no sirven para sembrar papas ni para componer motores, y lo que parece necesitar más el país es aprender a manejar sus manos que produzcan bienes tangibles auténticamente venezolanos. ¿Para qué necesitamos el último modelo de computadoras si las personas responsables de alimentarlas con datos fidedignos no se toman la molestia de incorporar esos datos?

EL NEGOCIO DE LAS IMPORTACIONES

De nuevo el petróleo es el punto de partida. Venezuela vende al exterior sus hidrocarburos. A cambio recibe miles de millones de dólares. Esta moneda es extranjera y si hay que gastarla habrá que hacerlo en el extranjero. Este mecanismo es tan simple y tentador que en los dos últimos años los venezolanos hemos comprado con la mayor naturalidad bienes y servicios por unos 15.000 millones de dólares y nos quedan todavía más de 8.000 millones de dólares de reserva disponibles para seguir comprando fuera.

¿Quiénes son los verdaderos beneficiarios de este trasiego de divisas? En primer lugar, los vendedores principalmente de los países desarrollados. Ellos nos presentan sus maravillas tecnológicas sobrantes que necesitan vender porque sus mercados se encuentran saturados de aparatos concebidos para producir en tan gran escala que les impide salir tanto de la inflación como del estancamiento. Seducidos por la imagen de una tecnología que se cree capaz de solucionar cuanto problema se presente, los venezolanos gozamos adquiriendo maquinarias, equipos y aparatos con la ilusión infantil de que la prosperidad y bienestar vendrán por arte de encantamiento.

Después de los vendedores, los más interesados en importaciones son los intermediarios, los comerciantes, los industriales ensambladores, los comisionados. Todo esto hay que pagarlo, no crea riqueza nacional y desanima al productor real de lo integral venezolano. Un tráfico de influencias se mueve alrededor de esta casta de buhoneros de rango internacional. Los puertos y aeropuertos son insuficientes para dar cabida a tanta mercancía, los barcos esperan semanas en las radas sin poder desprenderse de su codiciado cargamento. Los fletes para Venezuela son de los más caros del mundo. Robos y des-

trozos en el manejo encarecen los costos de las importaciones pero todo eso y más se paga sin que al parecer a nadie le duela la riqueza colectiva perdida y malbaratada.

Si así funciona el negocio de las importaciones, ¿qué sentido tiene la presuntuosa afirmación de que "Venezuela goza de una situación privilegiada como lo demuestra el hecho de que sus reservas internacionales son iguales a las del resto de todos los países de América Latina"?

REGRESIVIDAD DE LA DEUDA PUBLICA

La deuda pública para el mes de enero de 1976 se había elevado a 13.400 millones de bolívares. A esta cantidad hay que sumarle no menos de 7.000 millones de bolívares con el fin de poner en orden el Centro Simón Bolívar, INAVI (antiguo Banco Obrero), Nitrovén y otros Institutos oficiales. El monto desborda los 20.000 millones de bolívares. La mitad de esta cantidad más o menos es deuda externa.



¿Por qué la democracia definida como gobierno del pueblo no llega a ser un gobierno con el pueblo?

La dinámica de la deuda ha seguido el criterio de hacer grandes proyectos y realizaciones evitando en lo posible el descontrol inflacionario. Con la emisión de bonos del Estado se trasvasa dinero de los depósitos bancarios privados hacia el financiamiento de propósitos públicos. De esta forma no se aumenta la liquidez interna. La deuda emitida en el exterior sirve para importar más instalaciones y maquinarias.

El problema de la deuda es que es deuda, algo tan obvio que casi siempre se olvida. La deuda significa, por tanto, que los proyectos así financiados deben ser rentables, es decir, que lleguen a devolver su monto más sus intereses y un excedente económico y social. Tratándose de deuda externa, los proyectos deberían tener muy presente esta perspectiva por el ahorro de divisas que van a suponer (sustitución de importaciones) o porque van a producir productos exportables a precios internacionales competitivos creando fuentes multiplicadoras de trabajo nacional. De lo contrario, tales proyectos adolecerán de características regresivas y tenderán a debilitar el cambio de la moneda nacional con el subsiguiente costo social inflacionario y su secuela expoliadora de los recursos naturales.

Los proyectos financiados en base a deuda interna quizás no precisen de una rentabilidad empresarial pero su costo social debería ser compensado por un sistema cuasi-impositivo que evite la regresividad. Entrarían en esta clase de proyectos, los que se orientan a la prestación de servicios divisibles, por ejemplo, los de agua, electricidad, transporte, aseo urbano, etc. Habría entonces que imponer tarifas progresivas acomodadas al poder adquisitivo de las personas que se benefician de tales servicios.

Hay serias dudas de que el sesgo de la deuda pública cambie de signo. Entonces, quien gana no es precisamente el que se endeuda sino el que presta. En resumen: los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres tanto por el lado externo como por el interno. Su regresividad es patente, a no ser que se defienda la teoría sin base histórica de que es posible hacer a los pobres ricos sin quitar nada a éstos. Ni siquiera el petróleo en sus mejores años, que no volverán, ha sido capaz de lograr tamaño milagro. Y a nivel internacional, los países pobres del Tercer Mundo entre los que se cuenta Venezuela no dan muestras de defender tan peregrina teoría.

UN PRONOSTICO RESERVADO

Para el momento en que este artículo va a la imprenta, aún no ha sido presentado al público el trajinado y definitivo

V Plan de la Nación. Redimensionado hacia abajo, sujeto a futuros ajustes sobre la marcha, un voluminoso plan de inversiones desarrollistas va por encima de todo. Se trate de 20.000 millones de bolívares o de 40.000 millones el asunto corre más que camina. Diariamente la prensa recoge avisos de licitaciones sobre ferrocarriles, obras hidráulicas, eléctricas, siderúrgicas y metalmeccánicas. Su financiación supone un gran incremento de la deuda pública externa e interna. Un endeudamiento adicional de 20.000 millones de bolívares sumado al ya contraído, exige un pago anual por servicio de la deuda (amortización más intereses) de aproximadamente 5.000 millones de bolívares, que en última instancia y en su mayor parte recaerá sobre el Presupuesto Nacional. (Véase más arriba lo apuntado a propósito de la deuda pública).

El monto de las importaciones seguirá en ascenso no sólo porque el plan requiere su aumento sino también porque su costo es creciente en razón del proceso inflacionario mundial y del deterioro de los términos de intercambio. Los precios petroleros a duras penas se mantienen estables mientras los equipos de capital suben como medida compensatoria alentada por los países desarrollados.

Las reservas internacionales tenderán a bajar aunque los créditos conseguidos a través del endeudamiento externo suavizarán la pendiente. Bajo esta óptica no se vislumbra una devaluación del bolívar.

La escasez de mano de obra calificada se dejará sentir aún más y habrá que importar portugueses, italianos, españoles y hasta norteamericanos y alemanes, con grave distorsión de los sueldos y salarios que incidirá en el resto de las industrias. Incluso vendrán al país, empresas constructoras extranjeras que se encargarán de realizar las obras conforme al plan previsto. En breve, los modernos conquistadores llegarán a esta tierra nueva, levantarán sus tinglados, cobrarán en moneda dura y se marcharán dejando a los venezolanos que se arreglen luego como puedan.

En relación al gasto público presupuestario, en el caso no inverosímil de que los ingresos fiscales ordinarios no lleguen a cubrirlo, el Gobierno sentirá algunos dolores de cabeza, demorará pagos y acudirá una vez más al recurso de la deuda pública. Si la situación deficitaria persiste, la tentación de devaluar el bolívar puede llegar a ser compulsiva pues es la manera más cómoda de aumentar los ingresos fiscales provenientes de la exportación petrolera. La reforma tributaria y el ajuste de tarifas por servicios públicos se quedarán cortos,

conforme al axioma de no-reducir las careadas expectativas de inversión.

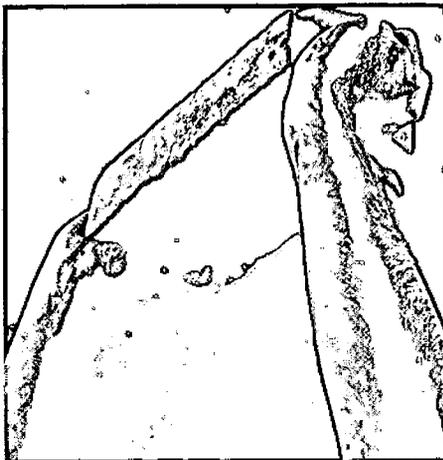
La inflación seguirá su curso fatal y especulativo porque abundará el dinero aunque buena parte de él sea prestado. Como en todo proceso inflacionario quienes más sufrirán serán los asalariados y marginados. A pesar de que la vida discurrirá con menos facilismo, la proximidad de las elecciones del 78 alentará nuevos planes de emergencia. Sin embargo, los problemas sociales persistirán: alza en el costo de vida, situaciones críticas en el abastecimiento de bienes esenciales, en la vivienda, salud, educación y delincuencia. A fin de cuentas, "la lucha contra la pobreza" pasará como un slogan electorero más y permanecerán la pobreza, la miseria y sobre todo la insensibilidad social como norma de comportamiento deshumanizante.

TIEMPO DE REFLEXION TRANSFORMADORA

Es hora ya de detenerse a pensar. El mundo corre veloz pero sólo es posible influir en el cambio de su dirección si se aprovechan las oportunidades que la misma naturaleza de las cosas y acontecimientos ofrece. El fracaso de los dirigentes depende en gran medida de su capacidad en captar el "cuándo" y el "cómo", y para ello precisan estar convencidos del "por qué". No es viable transformar lo salvaje en humano si la reflexión creadora no acompaña a la marcha de los protagonistas. Es propio de sabios el cambiar de opinión.

Lo que sobra en Venezuela es dinero al que se le atribuyen carismas mesiánicos. Las ocasiones perdidas ya se perdieron, pero aún es tiempo de encontrar un camino propio a través del cual el pueblo venezolano se constituya en sujeto de transformación.

Las ocasiones perdidas ya se perdieron, pero aún es tiempo de encontrar un camino propio a través del cual el pueblo venezolano se constituya en sujeto de transformación.



no propio a través del cual el pueblo venezolano se constituya en sujeto de transformación.

¿Por qué se insiste en construir, por ejemplo, las carreteras a base de grandes maquinarias que desplazan a tantos trabajadores? Una política de empleo productivo no burocrático debería ser una de las metas centrales. La vivienda humana es la escuela insustituible de los niños. Una vivienda sencilla pero diseñada y construida con la finalidad de defender y estimular los valores familiares, constituye otro de los grandes objetivos. Una educación para el trabajo útil y responsable, ¿caso se identifica con la codicia y el ansia de tener más cosas y mayores frustraciones? ¿Por qué no se urge en forma definitiva a los medios de comunicación de masas el que transmitan sentimientos nobles y no ensañaciones morbosas? El capítulo de la salud del pueblo siempre en estado de emergencia y desorden, no es problema fundamentalmente de dinero, porque de cada bolívar gastado en el presupuesto de sanidad, una locha llega realmente al necesitado y enfermo. En una frase: ¿Por qué la democracia definida como gobierno del pueblo no llega a ser un gobierno con el pueblo?

Todos estos problemas centrales no se solucionan en forma derivada como viene sosteniendo tercamente el dominante desarrollismo, protector de intereses privilegiados. Deben ser acometidos directa y decididamente. Dado el poder posible del Estado venezolano en la vida económica del país, el menosprecio del camino popular no tiene excusa ni atenuantes, sino todo lo contrario. Aquí quisiéramos ver que se ponen de verdad "manos a la obra".

Y para terminar el presente artículo que su autor no desearía que fuera censurado como destructivo, una última consideración. Una reforma administrativa es deseable y necesaria, pero así como el problema fundamental del país no es el dinero, tampoco lo son sus leyes y decretos, lo que no significa que se rechace su elaboración y promulgación. Ellos pueden ser convenientes pero no suficientes.

La capacidad real de organizar es la más escasa e indispensable. Este tipo de tecnología no se adquiere en el exterior sino en casos muy contados y precisos. Se aprende no desde arriba sino partiendo de abajo. Se comienza por poco y se va creciendo siguiendo su ritmo propio local. Es un proceso en el fondo educativo y por tanto lento pero durable. Es el verdadero camino y su nivel alcanzado indicaría si el país está en vías de desarrollo o más bien se estanca en el subdesarrollo. ○